

# LA RESACA

POR MAGDALENA SOFÍA CÁRDENAS

Retumbaba el sonido del aparato en su recámara. Murmullo al principio y luego, poco a poco, un zumbido intransigente que la iba llenando hasta desbordarla. Habían dejado el proyector encendido en la sala. Decidió bajar cuando estuvo segura de que ya se habían ido todas. En la sala, la luz del proyector contra la pared, la ráfaga afilada de luz, hacía visible la suciedad del ambiente.

Momentos antes, desde su cuarto, había sentido a las tías alejarse y caminar por el patio hacia la fábrica para acompañar a mamá, mientras que a ella, una inercia casi incontrolable y escrupulosa le había impedido bajar para finjir enterarse de lo ocurrido. Además, le parecía que debía esperar el momento en que alguien subiera a darle la mala noticia. Distráida, imaginaba esa cara: los ojos acartonados, llorosos, de un animal enjaulado.

De algún modo, le parecía que lo adecuado era recibir la noticia por parte de un animal torpe y abatido, ufano mensajero que ella le daría pena desilusionar diciéndole que lo sabía todo. Tendría que soportarlo, permitirle que retozara acariciándole el cabello mientras ella se concentraba para exculparse y liberar un sollozo que reconocería, con vergüenza, descreído e inmoral. Por momentos, le inquietaba pensar que había un estilo para recibir a la muerte en casa, para recibir a la muerte, sobre todo la de mamá. Poco correcto hubiera sido lanzarse a la fábrica donde estaba el cadáver y entrar, suspensa, liebre enceguecida y atajada, para verla ahí caída, quizá con el vestido levantado, impúdica, dejando ver sus muslos flácidos. Le daba vergüenza descubrirse pensando en eso. La muerte se trastocaba de pronto, se convertía en un manual de reglas de etiqueta, las fantasías morbosas en las que ella aparecía lánguida y contenida. Una huérfana no debía llorar fuerte ni maldecir; debía mantener la cabeza baja y resignarse, sollozar mientras descendieran el ataúd al foso, pero sobre todo esperar, esperar pacientemente la mala noticia.

Si se esforzaba, podría dormir otro rato, mientras, allá abajo, sus tíos ensayaban las palabras con las que le informarían. "Se murió mamá —pensaba—, se murió mamá... tengo que grabármelo en la cabeza. Se murió mamá y ya no voy a verla."

Desde su cuarto, Patricia oía los pasos de las tías de una recámara a otra, las sentía abrir cajones, buscando su mejor camisón para vestirla. "¡Está en el cajón más bajo del ropero y el pañuelo de seda blanca para detenerle las quijadas está en el tocador!" Qué ganas de gritarles tanto, muchas veces, todas las veces: "¡En el tocador, les digo. Déjenme dormir, quiero dormir en paz!". Pero en vez de eso se movía de un lado a otro en la cama, jalaba fuerte las sábanas para cubrirse la cabeza y no lograba adormecerse siquiera.

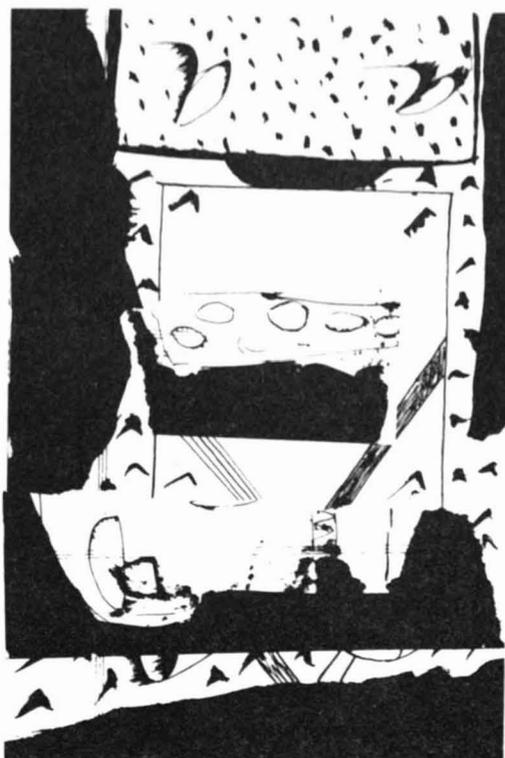
No necesitaba que vinieran a decirle cómo había ocurrido; ya lo sabía todo. Pensaba en mamá que hacía algunos momentos había estado viendo la

película de la vida de su hija, la que hizo papá. Patricia García, 1 a 15 años. Paty, un año: una niña dormida frente a un pastel de cumpleaños, cinco, siete, diez, quince años; mientras papá, detrás de la cámara y detrás de todo siempre. "Era gordo papá —pensó—, colorado. Cazador. Sano papá, buen papá, cariñoso". Entraba de súbito en la fábrica y era una niña. Había corrido atravesando el patio, escapándose a mamá de la casa. Quería verlo desde la puerta, eso era lo único. No iba a entrar donde estaban las máquinas que podían cortarle un dedo y arrancarle una pierna: ¡Chaca, chaca, chaca!, los ruidos fuertes, ensordecedores de las máquinas. Estaba oscura la fábrica. Había tornillos y rizos de acero en el suelo. La miraban ajena los hombres, unos ojos pulidos, blancos, detrás del ramaje negro de sus cuerpos untados de grasa, sudorosos. ¡Chaca! ¡Chaca! ¡Chaca! ¡Pas! ¡Pas!, las máquinas golpeteando contra sí mismas mientras Patricia permanecía estática en la puerta, suspensa, liebre enceguecida y atajada como las que cazaba papá en la noche, con escopeta y luz violeta, pasmadas segundos antes de morir. Extrañaba el regazo de mamá, el olor a la tela de su vestido y detrás su piel caliente, los brazos que la protegían, la escondían para evitarle el osco mundo oscuro, ajeno a ellas. La fábrica angustiosa, desconocida. Ese ruido ensordecedor y los focos colgando de esos alambres untados también como los hombres, chorreando una grasa negra y pesada como las máquinas. De pronto, unas manos firmes, inquebrantables, la levantan y la aprietan contra el pecho. "Ca-



riñoso papá”, pensó mientras se volvía hacia el otro lado de su cama.

No tendrían que contarle nada porque sabía cómo había sucedido. Unos meses antes, mamá le había pedido el pañuelo de seda blanco para detener las quijadas de papá. La recordaba dándole instrucciones sobre lo que se debe hacer cuando alguien muere: “Se les amarra un pañuelo a lo largo de la barbilla, se les cierran bien los ojos...” Después de todo su madre le había enseñado a comportarse ante la muerte, le había enseñado a atesorar el llanto y a guardar las maneras. No tenía por qué darle vergüenza cuando ella misma, ahora, reaccionaba casi seca y gris ante esto. Sabía cómo debía hacerse: acomodar sus brazos sobre el pecho y cerrarle los ojos. “¿Cómo tendrá los ojos mamá ahora? — pensó —. Seguramente no podrán cerrárselos, seguramente andarán por ahí, perdidos. Ahora las tías estarán esperando a los de la funeraria y cuando ella esté lista vendrán a buscarme, cuando la hayan metido en su cajón y cerrado bien la tapa. No vaya yo a ver los agujeros que se dejó en la cabeza”. Sin darse cuenta, había empezado a doblar una sábana para cubrirla, cubriese con ella, esconderse en mamá, en su pecho cálido y sus manos de madriguera. Exiliadas, mamá y ella, como habían estado los últimos meses, reclusas en ese dolor callado desde la muerte de papá, ajenas a esos resignados, morbosos animales de rapiña que la estarían viendo ahora. “Ganaste, mamá, ¿qué le vamos a hacer? Ganaste en este juego que inventé sin palabras de ver quién lo extrañaba más.” Cuando



se dio cuenta de que iba a salir de su recámara para buscarla volvió a meterse en la cama.

La casa estaba ahora en silencio y ella podría dormirse. Ya no habría más taconazos ni ruido abajo. Era nada más cerrar los ojos y dormirse, cerrar los ojos y dormirse... En vez de eso, imaginaba las escenas del día siguiente. Sus compañeras del colegio con el uniforme de gala, sentadas una junto a otra como pájaros sobre los cables de la luz. “Me verán tan firme y segura — pensaba —. Van a platicar luego de mí: a los quince años se quebró su vida, ahora va a sufrir tanto... Pero no me van a ver llorar. Voy a esperarme para llorar con Pablo. El me va a consolar, me va acariciar el cabello y los senos.” Qué incomodidad y vergüenza sintió cuando se sorprendió pensando en Pablo. ¿Y si papá o mamá podían ahora entender su pensamiento?, ¿si la descubrieran? “Se murió mamá, se murió mamá, se murió y ya no voy a verla.” Era tan difícil concentrarse en eso, tan difícil que no fueran a descubrirla pensando en Pablo cuando mamá estaba ahora tirada en la fábrica, revolcada, su cuerpo untado de grasa. Las máquinas estarían funcionando y ella manchada, los brazos recargados sobre los rizos de acero y los charcos negros de sangre engrasada.

Era tan difícil concentrarse en esa muerte. Salió de la cama y bajó cuando no había nadie en casa. No necesitaba que nadie le dijera cómo había pasado, que viniera alguien a decirle: “su mamá se... se... se...” y titubeara hasta decirle la horrible frase: “se ha quitado la vida, hay que comprender...” ¿Comprender qué, imbéciles? Se vería obligada a callarse las ganas de gritarles “¡imbéciles!, ¡imbéciles!”, fingirse ajena a sus secretos agazapados, a todo lo que ella sabía y se le revelaba con lucidez: el pasado de los tres, los más mínimos detalles de esa vida compartida tan en secreto.

Imaginaba las últimas escenas de mamá, la veía sentada frente al proyector, silenciosa, contenida, mientras las tías cuchicheaban como urracas fuera de escena. Entendía el desprecio, la repulsión de mamá hacia los que estaban fuera de escena, fuera de la íntima película de sólo tres actores y los objetos de la casa, las figuras de porcelana, los tarros alemanes de cerveza, el gobelino del comedor, participando de ese mudo, cobijado, mundo luminoso. Veía a mamá levantarse y caminar hacia la fábrica. Las últimas escenas de ella, el vestido roto y el cuerpo mal acomodado en el suelo.

Cuando entró en la sala sintió asco. Pensó que quizá podría limpiarlo todo, podría restregar los muebles y los pisos, borrarles las huellas. Luego, se dio cuenta de que alguien más se encargaría de hacerlo.

Casi mecánicamente preparó el aparato proyector y se tumbó sobre el sofá: Patricia García, 1 a 15 años. Paty, un año: una niña dormida frente a un pastel de cumpleaños, cinco, siete, diez, quince años.